



# ANTOLOGÍA LITERARIA

DE OBRAS GANADORAS DE LOS  
**CONCURSOS UNIVERSITARIOS ITSON**  
DE CUENTO Y POESÍA 2015-2018.

## **COORDINADORES**

Abdul Sahib Machi García  
Grace Marlene Rojas Borboa

*Compilación y Edición Literaria:*

**Abdul Sahib Machi García  
Grace Marlene Rojas Borboa  
José Ismael Serna Hernández  
Marisela González Román**

*Diseño y Tecnología:*

**Gabriel Parra Gaxiola  
Ana Patricia Valenzuela Ramos**

*Gestión Editorial:*

**Oficina de Publicaciones del ITSON**

**“Antología Literaria de Obras Ganadoras de  
los Concursos Universitarios ITSON de  
Cuento y Poesía 2015-2018”**



“Antología Literaria de Obras Ganadoras de los Concursos Universitarios ITSON de Cuento y Poesía 2015-2018”

**2018**, Instituto Tecnológico de Sonora  
5 de Febrero 818 sur, Colonia Centro  
Cd. Obregón, Sonora, México  
C.P. 85000  
Web: [www.itson.mx](http://www.itson.mx)  
Email: [rectoria@itson.mx](mailto:rectoria@itson.mx)  
Teléfono: +52 (644) 410-09-00

**ISBN: 978-607-609-193-7**

*Hecho en México*

*Reservados todos los derechos.*

La consulta y reproducción total o parcial de la presente obra, así como su comunicación pública, divulgación o transmisión mediante cualquier sistema o método electrónico o mecánico (incluyendo el fotocopiado, la grabación o cualquier sistema de recuperación y almacenamiento de información), y uso académico es libre, solo se requiere dar el crédito de autoría. El consentimiento para usos adicionales debe solicitarse por escrito al Instituto Tecnológico de Sonora y/o a sus autores, en el caso de obra específica.

# ÍNDICE

	Página
<b>Presentación</b>	6
<b>Poesía</b>	
<i>2018</i>	
El Valle, Felipe de Jesús Izaguirre Maldonado Primer lugar	8
Nacimiento, Diana Carolina Gómez Gutiérrez Segundo lugar	10
Café muerto, Álvaro Mendoza Beltrán Tercer lugar	13
<i>2017</i>	
La huella de nuestros días, Alan Saldaña Sánchez Primer lugar	15
Humo, Moisés Gerardo del Real García Segundo lugar	17
Felino, Esmeralda Geraldine Contreras Torres Tercer lugar	20
<i>2016</i>	
A la de acento andaluz, Carlos Javier Mávita Corral Primer lugar	21
<i>2015</i>	
Epítome de una tarde de verano, Martha Sylvia Manjarrez Quintero Primer lugar	23
El libro de mis sueños, Martín Rafael García Puente Segundo lugar	26

**Cuento***2018*

El centro de canje, Laura Alejandra Bejarano Medina 30  
Primer lugar

Sobrevolando Miami, Jesús Hugo Ceja Clayton 38  
Segundo lugar

La ciudad de las cucarachas, Francisco Antonio Aguirre González 40  
Tercer lugar

*2017*

Habladurías y verdades, José Francisco Padilla Martínez 42  
Primer lugar

La respuesta de Jesucristo, Mireli Solano Garcilazo 46  
Segundo lugar

Los desaparecidos, Missael Alejandro Campo Lázaro 49  
Tercer lugar

*2016*

El tirón, Carlos Javier Mávita Corral 54  
Primer lugar

*2015*

Salir del camino para no llegar a Roma, Isaí Gloria Espinoza 58  
Primer lugar

## PRESENTACIÓN

Dar una mirada a la diversidad que encierran los temas aquí plasmados no requiere lógica, su disfrute es como dirían algunos: empírico; cada quien les observará poco o mucho a su gusto, según su linaje cultural o humana sencillez; así será también la vaguedad o profundidad, el tiempo y disfrute de cada una de las obras que conforman este tan anhelado libro.

Como el título sugiere: “Antología Literaria de Obras Ganadoras de los Concursos Universitarios ITSON de Cuento y Poesía 2015-2018”, es poner a disposición de la comunidad universitaria y más allá en los confines de las redes electrónicas, de forma libre y útil consulta; las poesías y cuentos ganadores de los últimos años de los concursos de literatura del ITSON.

Esperamos que usted disfrute del bello arte que aquí se comparte, y contribuir a la formación de una sociedad cada vez más crítica, constructiva y participativa a través de la lectura; uno de los principios sustantivos de toda universidad, el Extensionismo.

**Mtro. Abdul Sahib Machi García**  
Director de Extensión Universitaria  
Instituto Tecnológico de Sonora

# POESÍA

## El valle

Felipe de Jesús Izaguirre Maldonado. Primer lugar, Poesía 2018

Inicias recordando un cigarrillo, una noche romántica  
terminas hablando sobre el día que estabas en la cárcel.

Tan corta la juventud, tan larga la vejez.

Recuerdo su sonrisa.

La sonrisa de alguien que vive sin presente,  
nos dirigíamos a vender aquella tonelada de nuez que habíamos robado en el valle.  
Nos dio libertad, reflexión, humanidad, así comenzó el año de 1968.

Vivía al día, conseguía lo que ocupaba para vivir,  
para comer, para dormir,  
solamente para tener un día más de oxígeno con eso me bastaba,  
simplemente no había la necesidad de tener más,  
sabía que cualquier cosa que no puedes traer en tus bolsillos no te pertenece,  
que si hay algo que tiene la libertad es poder despertar una mañana y salir caminando para nunca  
volver.  
Ahora soy viejo, débil, desfasado.

La recuerdo  
llena de vida,  
de energía,  
compartió su pasión conmigo durante meses,  
solía seguirme el paso tanto en el caminar como en el amar.  
Sin detenerse, sin viejas reglas.



Un día despiertas y te das cuenta de que ya no hay ningún plan,  
ninguna idea nueva.

Que quienes pensaste que te acompañarían se han ido; ahora estás solo.

¿Fue un error?

¿Una falsa ambición?

Claro que no.

Fui feliz.

Viví en un mundo enorme

emocionante.

## Nacimiento

Diana Carolina Gómez Gutiérrez. Segundo lugar, Poesía 2018

Yo,  
me vi a mí misma,  
pero no era yo,  
sino más bien  
un recuerdo perdido.  
Un reflejo  
distorsionado.

Que me dijo “sobrevive”  
así que morí.

Y frente a la desesperación  
solo podía reír.  
Pasar el rato  
en charlas vacías  
cafés y películas  
que nada significaban.

Ahora inmune,  
todo era violeta y áspero  
el color de lo que duró una eternidad.

Más pronto que tarde,  
empecé a extrañar la vida que nunca tuve.  
A llorar por las alas que me trajeron aquí.

Si pudiera decirlo de nuevo,  
que jamás te alejen de mí.

Me perturban  
los olores de esta mañana.  
La asquerosa mezcla del vacío bien licuado.  
No sé si todo este tiempo he estado,  
corriendo a ciegas  
por el túnel de Sábado,  
o el camino por el que  
me trajo mi madre.

Preguntándome  
quién me llevó de la mano.  
Quién calmó mis lágrimas  
incluso antes  
de precipitar.

¿A dónde iré cuando acabe?  
¿Si abro los ojos todo se oscurecerá?  
¿Naceré por vez primera?  
¿Venceré a los monstruos?

Solo quedará un hueco,  
no habrá retina conectada  
a ningún nervio.  
No habrá más tejido,  
no habrá más carne, ni sal.

En mi rostro  
veré el de mi madre  
en el lugar  
donde todos son mi padre.

Pienso en Borges  
como pienso en algún amigo.  
No sé cuándo fue  
que dejé de sentir el cielo en mis pies.  
Que dejaron de encender  
las luces de navidad.

Acabo mis días,  
sin esperanza  
no bebo  
no fumo  
pero todo sabe igual.

## Café muerto

Álvaro Mendoza Beltrán. Tercer lugar, Poesía 2018

Mirándote a los ojos frente al espejo,  
pero no juzgues tu alma pues solo es un reflejo,  
eres la partitura de mi vida acústica,  
guillotina rústica de mi sentencia lúcida.

Tócame cual si me leyeras en braille,  
naufragio en mi memoria sobre una pista de baile,  
me falta el aire cuando te escribo,  
entre las líneas de tu nombre este hombre yace perdido.

Sentenciado a los matices que te visten,  
acomplejado a las cicatrices que me embisten,  
insisto en que las siluetas de tus suspiros me curan;  
y arrullan el instinto diluido en mi luna.

Tus latidos son mi cuna,  
la duna que se lleva por los aires mi ruina,  
tú en vereda y yo tan a la deriva,  
envidia de la brisa que surca tu simpatía.

Tortúrame con tu mirada,  
el dulce tártaro que surge de ti mi amada;  
y me condena a tu memoria,  
amargo lázaro ambulante de su sinfonía aleatoria.

Remanente de tus pálpitos,  
súbdito errante de lo que nace en sus pómulos,  
tormenta árida descendiente de mis mejillas,  
tiritando por las mentiras adyacentes a tus rodillas.

Cálidos susurros hacia mi estrofa traumática,  
juntos en prosa destinamos un anagrama;  
y destilamos nuestros nombres vestigio de un amalgama.

Sentimiento taciturno y nocturno aburrimiento,  
mirada acromática y sonrisa utópica,  
versos algebraicos danzando sobre párrafos,  
corazón aeróbico al son de mis pensamientos.

Dramaturgo de sueños insanos,  
taumaturgo concédeme un milagro,  
soy elacrónico que deambula por tus lares,  
arcaico verso navegando por mis frases.

Ojos de acrílico y sonrisa de porcelana,  
odisea por el ocaso souvenir de las mañanas.

Soy el tormento de mi misma vaga arrogancia,  
tú la fragancia que se impregna en la historia,  
como se van a comparar tus labios al rojo vivo,  
con mis ojos rígidos, al café muerto.

## La huella de nuestros días

Alan Saldaña Sánchez. Primer lugar, Poesía 2017

Una y otra vez caían muertos como relámpagos al mediodía.

Una y otra vez nos acontecía ese salto homicida  
hacia el fondo de nuestros corazones.

Siempre lo supe y lo supiste y ahora lo sabes:  
combatías contra algo superior a ti,  
en tu sangre existía un silencio de pólvora  
y en tu mirada un milagro anónimo nos despertaba.

Los sueños empezaron  
a perturbar el voltaje de la quietud  
redoblando el delgado fulgor en la sangre.

Entonces hubiera sido muy fácil volver a esa lluvia roja de piel roja en eco de sangre,  
hubiera sido más fácil,  
escondese bajo el cielo de las galaxias  
y escapar junto a espirales de magníficas de estrellas.

Hubiera sido más fácil,  
aceptar el mundo como tal,  
asumir sin respuesta

el gesto irónico del cinismo la herida  
cuando una y otra vez caían muertos como relámpagos de sal sobre la herida  
una y otra vez los ángeles purpúreos  
estremecían ante las piedras del sacrificio  
resonando al fondo de nuestros corazones.

Porque tú lo sabías y ahora más que antes lo sabes:

resistir frente a todo esto  
sin resignarse a la miseria como respuesta,  
sin ese miedo sanguinario  
salpicando sobre los extendidos eriales y pastizales  
por donde los corceles del sol imantan  
su libertad sobre la tierra  
y en donde sumergimos nuestras manos heridas  
bajo la transparencia de un río helado  
hasta tocar las piedras del sonido por primera vez.

Entonces, por un momento fue más humano

escribir los gajos de sonrisa y de durazno,  
escribir sobre los relámpagos del mediodía  
y escribir el suicidio impuro de la justicia.

Entonces era esta lluvia, la flecha, la sal  
y las doradas nubes del rojo atardecer,  
y un par de abrazos que nos unía al cálido tacto de estar vivos,  
y un instante para luchar y la dignidad de ser felices.



## Humo

Moisés Gerardo del Real García. Segundo lugar, Poesía 2017

Humo vocablo divino

causa primera

ilustrado arte de arder vida y muerte abrevan tu espiral

desde la noche de los tiempos.

Crujiente alma del resplandor de la mirra

templos y dogmas infinitos te veneran

en el viento incubas nuestras oraciones

germen primigenio

siembras cada conciencia

que eclosiona hacia la luz.

Tu presencia

mora en mis ojos

a cada momento me habla de tu gloria

de lo justo y perfecto

en cada resquicio bajo el sol.

Humo virtuoso

las aves imitan tu ascenso

las plantas respiran tu esencia

mientras erguido como extraño laberinto

impones tu quimera

a cada punto cardinal.

Espejo eterno de pensamiento

cuchillo de luna nueva

no existió nunca ningún semblante

cuando bajaste tu tela de araña

y cada aliento de la historia

se conjugó en una sola bocanada.

El prado ayer cubierto de rocío

ahora ceniza

memoria de polvareda

fluye por todos aquellos

que abrevamos de tu espíritu.

Arder

de ángeles desintegrándose

sobre trino de violines

como inocencia quebrada

ante cadavérico encanto.

Sol ascendiendo

sobre delirio trasnochado.

Ayer hicimos un juramento

en medio de las llamas

mientras una melodía

revoloteaba en mi cabeza

entonces nos amamos deformados

me tomaste por la boca

y convertimos esos días en humo.

## Felino

Esmeralda Geraldine Contreras Torres. Tercer lugar, Poesía 2017

Eclipse de labios

encuentro sagrado del cuerpo y sangre de mis deseos,

dentro de la matriz de tu pasado,

me engancho,

me ensancho.

Inmersa en pensamientos impropios.

Era ciega, sorda, estéril.

Suelo que no pisas al tiempo se muere.

Hoy florezco en tu costillar,

las flores se crecen y giran al noreste, buscándote,

saliva de savia cubren tus labios con espinas.

Impulso felino de comerte la boca,

me siento de tierra, de carne, de ti

mis manos, tocan tu cuello con cautela,

mi pecho, fuma tu exhalación.

Danzante deseo en coito improvisado.

El querer y el ser unidos para siempre,

tal como nosotros.

## A la de acento andaluz

Carlos Javier Mávita Corral. Primer lugar, Poesía 2016

Si el sol se aparece  
sobre sábanas de seda  
y tu sexo silente  
ya no exige mi cabeza.

Si las llamas del deseo  
que retozan en tus muslos  
apaciguan abrazadas su siseo  
de serpientes y la prisa de tus dedos  
ya no espera los segundos  
ni la risa de tus senos es destello  
de tu vientre.

Seremos al amanecer  
otra vez dos extraños,  
sucios socios abrazados  
al silencio solitario  
de la costumbre de ser  
escapistas del escarnio,  
huesos de los besos del pasado,  
clepsidras resacas de un instante obstinado.

Arborecerá el vacío  
que se siente al despertar nuestras sombras del ensueño,  
soportar la luz de estío  
desvelando oscuridad: sino de mozo risueño  
que soñaba bosquejar  
de una zarza en la corteza  
un corazón sempiterno,  
el mismo que despellejo  
cansado de cincelar  
con mi esqueje de cereza  
los rescoldos de tu cerno,  
pavesas de un oasis que oscurecen los espejos.

Y después de subir  
el sendero sagrado  
que conduce a mi doncella,  
(no) pensaré en ti,  
descansaré a su lado  
sin pensar (tampoco) en ella.

## Epítome de una tarde de verano

Martha Sylvia Manjarrez Quintero. Primer lugar, Poesía 2015

Pasa cuando cuatro horas  
son estériles, que no suenan con el tintineo.

Escucho el crujir de los muebles, pero nada late  
todo se disipa al mínimo decibel casi hiriente.

[No se distingue si es un llanto, un bostezo,  
súplica o querella, solo existe y maúlla]

Se transformó en veinticuatro,  
y ojeras escondidas,  
no escuchó que la pluma seguía desvelándose.

Dícese del norponiente  
de las olas clandestinas,  
das la vuelta y se cosecha  
sin malestares.

Dícese que no existe el  
tiempo muerto, solo el tiempo  
abierto, cronometrado  
para ser voz de otro.

Se fue llevando de acuarelas deslavables,  
monótona, sincera,  
de presagio empedernido,  
subsecuente de mi poca ética lasciva.

Hoy es jueves,  
quizá viernes,  
quizá estoy escaso  
de mis penurias  
y paso del semblante  
turbio,  
a la algarabía viva.

Voy a verbalizar  
que agonicé.  
Dolió entre  
el orgullo palpitante y  
entre sombras que no  
dilataron y llamas  
internas, que perecieron  
hasta  
caer.



[Fue de tinta blanca,  
sangre azul,  
sombra opaca]

Tiendo a la inventiva  
de recuerdos;  
a la inversión  
de recuerdos.

## El libro de mis sueños

Martín Rafael García Puente. Segundo lugar, Poesía 2015

Frecuento esta biblioteca,  
es solo porque ella la frecuenta.

No busco cualquier libro  
he venido a verla a ella.

Tu texto en su conjunto  
son todas tus cualidades,  
interminables capítulos de hermosura  
y frases cortas tus vanidades.

Los signos de puntuación  
son tus ideas y creencias personales,  
respeto cada uno de ellos.  
Sea coma, sea signo, sea punto y aparte.

El título es tu mirada,  
sentí que atravesó mi ojo,  
otros también fueron atravesados,  
pero sobrevivieron pocos.

Tus sentimientos puros,  
son cada una de tus hojas,  
he visto capítulos felices,  
lamento haber visto hojas rotas.

Cuando yo aspiro tu aroma  
huele a libro nuevo.  
Y cuando tú aspiras mi aroma...  
huele a mi corazón abierto.

Tienes tú el valor de mujer,  
sin precio, invaluable, sin marca,  
no número, sin código.  
Autorización de nadie de ser tomada.

Tú en verso, yo en prosa,  
haces que estalle mi mente  
poco a poco te introduces  
y en rima me conviertes.

Te tomo en mis manos,  
de entre los libros te he escogido,  
¿O será que tú me escogiste?  
¿Dijiste: por él quiero ser leído?

Odio a la lectora novatada,  
porque no les importa tu contenido,  
de ti no saben nada,  
pues no te han leído.

Eres un libro que no entiendo.  
Un libro que aunque tengo, no es mío;  
un libro escrito en verso.  
El libro nunca escrito.

Cuando mi corazón te miró,  
estando deshojado de amor,  
te vio única, te vio sonriente,  
fue suficiente y te escogió.

# CUENTO

## El centro de canje

Laura Alejandra Bejarano Medina. Primer lugar, Cuento 2018

Yo solo quería una historia de amor bonita...

Siempre supe que era diferente, incluso mis padres lo sospechaban, solo que no lograban detectar en qué sentido. Pero eso cambió un mes después de cumplir diecisiete años: los tres mirábamos el noticiero de la noche, cuando les anuncié que me gustaban las mujeres. Papá apagó el televisor y dejó la estancia en completa oscuridad. Mamá me tomó fuertemente de la mano y mi corazón se aceleró cuando oí a mi padre volver a la habitación, bufando. Entonces un golpe sacudió mi rostro. – ¡Dios condena a la gente como tú, y yo no quiero condenados en esta casa! –anunció–. ¡Enderezas tu camino o te largas! –Se marchó, dejándome a solas con mi madre, quien se encargó de recordarme que no tenía donde ir; que más me valía comportarme... Y antes de irse, me dio un trozo de servilleta. –Ten –me dijo–, límpiate la sangre del labio.

Después de una noche de llanto, salí de mi cuarto decidida a convertirme en lo que mis padres deseaban que yo fuera. Ellos rezaban por tener una alumna destacada, una intérprete prodigiosa, o una deportista sobresaliente, no una hija lesbiana. Me inscribí en clases de piano y entré al equipo de atletismo de la preparatoria.

De vez en cuando, notaba que mis padres me sonreían. ¿Está bien así, papi? ¿Así es como quieres que sea? Y de aquella vergonzosa noche, no se volvió a hablar. En el colegio bajaba la mirada si una chica pasaba junto a mí. No quería que nadie notara que me gustaban las niñas, no quería que mi familia se humillara más, ni que Dios nos condenara.

Podía fingir no ver, pero no se eliminaba así el sentimiento. Había una chica muy linda con la que a veces me topaba en la cafetería de la escuela: pelo corto y oscuro; el flequillo era el marco perfecto para un rostro hermoso y dulce. Era muy extrovertida y siempre estaba rodeada de gente.

Yo la observaba, ocultando mi rostro bajo un montón de rizos anaranjados. Cada tanto, mi corazón daba un vuelco cuando percibía su perfume. Yo cerraba los ojos, tratando de conservarlo en mi memoria para poder evocarlos en casa.

Fue así como pasaron varios meses, admirándola desde lejos, hasta que durante uno de los recesos, ella notó que la miraba y se acercó sonriendo. Me dijo que siempre me veía sentada sola, que si no me gustaría reunirme con ella y sus amigos. Estaba tan nerviosa, que ni siquiera podía mirarla a los ojos. –Me llamo Sonia –dije con voz temblorosa. –Yo me llamo Ximena.

De ahí en adelante, mis horas libres las pasaba con ellos. Yo no hablaba mucho, pero me deleitaba escuchando las conversaciones del grupo, en las que Ximena trataba de incluirme. Y poco a poco, la sensación de tener un amor platónico fue desapareciendo, al igual que la timidez que me apesaba cuando estaba con ella. Yo no la veía inalcanzable e imposible, si no como una persona real con la que parecía tener muchas cosas en común. Nos saludábamos entre clases y platicábamos mucho durante los recesos.

Mi abuela solía decir que había solo dos cosas que no podían ocultarse en el mundo: la tos y el estar enamorado. Sin embargo, yo hacía mi mayor esfuerzo para que mis padres no se dieran cuenta de lo que sentía y empezaran a sospechar que aún no me “curaba” de mi homosexualidad. Así que cuando llegaba casa, pasaba el rato en mi cuarto, fingiendo estudiar, soñando despierta.

Cuando Ximena se enteró de que faltaba poco para que cumpliera la mayoría de edad, organizó una pequeña reunión en un restaurante e invitó al resto del grupo. No obstante, el día acordado, nadie se presentó, nomás ella. No me importó, yo estaba feliz por estar a solas con ella. Hablamos mucho, hasta que un mesero llegó a tomarnos la orden. No podía dejar de sonreír y mi corazón latía acelerado. Al llegar la hora de despedirnos, ella me tomó de la mano y me besó en los

labios. Deseé que ese momento nunca terminara; una sensación de calidez se apoderó de mi cuerpo: así se sentía ser correspondido, así se sentía el amor.

Dejamos de pasar los recesos en grupo, ahora buscábamos un lugar lejos de todos para querernos. Adoraba tener sus manos entre las mías y al recargar mi cabeza en su hombro, sentir el olor a flores de su pelo. Amaba la forma en que me miraba por debajo del fleco, pero sobre todo, el sabor a frambuesa de su boca con brillo labial. A veces nos las ingeniábamos para besarnos detrás de los edificios o en el baño, para que nuestro amor continuara siendo un secreto.

Dejé las clases de piano y el equipo de atletismo para pasar más tiempo con ella. A la vista de todos, incluso de sus padres, éramos dos mejores amigas. Yo jamás llevaba a Ximena a casa, no quería que mi familia sospechara que había algo más que una inocente amistad adolescente, y empezaran a hablar.

Mi vida era perfecta cuando estaba con ella porque no tenía que ocultar quien era realmente. Nos prometíamos amor eterno cien veces al día y nos besábamos sellando el pacto. Me sentía completa, se sentía bonito amarla.

La preparatoria estaba por terminar y todos a nuestro alrededor hablaban de sus planes para el futuro: carreras, universidades y becas eran los temas a tratar en las horas libres. Mientras tanto, Ximena me decía que era importante para ella presentarme con su familia como su novia y ya no como su mejor amiga. Según contaba, sus padres eran bastante comprensivos y entenderían que nos amábamos. Yo temblaba de miedo ante la idea de que luego quisiera conocer a mis papás y ser presentada como mi pareja. No quería ni imaginar las consecuencias.

La reunión con la familia de Ximena fue la última semana de clases, y tal como ella había previsto, aceptaron –aunque bastante sorprendidos– la relación. Al despedirnos esa tarde, me besó en la frente, parándose de puntillas, y me dijo que había sido muy valiente. La besé de vuelta y



asegurándole que haría cualquier cosa por ella. Su respuesta me impactó: quería conocer a mis padres.

Jamás comenté con nadie del inmenso temor que les tenía a las personas que me habían traído al mundo, no resolvería las cosas. Yo hubiera podido seguir escondiendo por mucho más tiempo mi relación, pero ahora no parecía justo para Ximena. La quería tanto que me armé de valor y le confesé cómo era la relación con mis padres desde el día en que les conté que era lesbiana. También le hablé de las posibles consecuencias que vendrían en caso de que yo decidiera presentarla como mi novia. Ella escuchó con atención y cuando terminé de hablar, tomó mi mano, comprensiva y me preguntó que si no valía la pena tomar el riesgo por ella. Tenía razón, y entre sollozos, acepté.

Al salir del colegio, me acompañó a mi casa. No hablamos en todo el camino, tenía demasiado miedo. Caminaba lento y mi cabeza buscaba mil excusas para no llegar, pero nada se me ocurrió. Nos detuvimos frente a la puerta, y temblando, giré la llave sabiendo lo que me esperaba del otro lado.

Mis papás estaban comiendo y sonrieron al verme entrar, pero el gesto se evaporó cuando divisaron que llegaba con compañía. Ximena me tomaba de la mano, yo estaba tan nerviosa que ni lo había notado. Una acción valía más que mil palabras. No sería necesario dar más explicaciones. Papá se paró, me sujetó fuertemente de los hombros, y antes de que intentara pedir ayuda a Ximena, ella ya había huido de la escena. La tormenta recién había comenzado, y ambos me gritaron lo decepcionados que estaban por tener una hija como yo; que mi alma estaba condenada a arder en el infierno al igual que la de mi novia; que ellos preferirían que nunca hubiera nacido si vine al mundo solo a avergonzarlos. Luego mi padre me propinó dos puñetazos en el rostro y otro en el torso, que me sacó el aire de los pulmones. Me arrastré hacia la puerta segura de que jamás sería bienvenida de nuevo.

Caminé unas cuadras sin rumbo hasta que Ximena me encontró. Nos sentamos un momento y con un nudo en la garganta, intenté explicarle lo que había sucedido con mis papás. Me llevó a su casa y una vez en su habitación, me fue curando las heridas de mi rostro a base de caricias y besos, luego las de los hombros. Abrió mi blusa con cautela, me desabrochó el brasier, y poco a poco nos enseñamos a hacer el amor. Abrazada a su cuerpo tibio y desnudo volví a sentirme a salvo. Me besó en la frente y me dijo que había sido muy valiente.

Los papás de Ximena aceptaron darme asilo después de que ella les explicara mi situación. Ambas entramos a la universidad, pero me di de baja a las pocas semanas, pues no contar con el apoyo de mis progenitores me estaba deprimiendo demasiado. Así que ayudaba a la madre de mi novia en los quehaceres del hogar para no ser un parásito en sus vidas. Compartíamos habitación y aunque teníamos camas separadas, por las noches nos refugiábamos en los brazos de la otra.

El primer año fue hermoso: le repetía a Ximena lo importante que era para mí y lo inmensamente agradecida que estaba con ella por no haberme dejado en la calle. Le decía que la amaba todos los días; pero de repente empezó a contestarme no que me amaba también, si no que ya lo sabía.

Los padres de mi novia viajaban con frecuencia y durante aquellos periodos a solas, jugábamos a la casita -como si tuviéramos cinco años- éramos una familia feliz. La esperaba con su comida favorita y pasábamos las tardes echadas en el sillón viendo películas en ropa interior.

Nunca habíamos discutido, hasta esa noche de febrero: teníamos la casa sola para nosotras, bebíamos cerveza y bailábamos en la sala. Entonces mi celular empezó a sonar con un número desconocido, yo lo ignoré, pero Ximena no. Una cachetada me hizo bajar de la nube en la que flotaba. Me miraba furiosa y aseguraba –arrastrando las palabras- que le estaba siendo infiel mientras ella estudiaba. Puse la mano en mi mejilla para ocultar la lágrima que había logrado

escaparse. Intenté tranquilizarla, sentarnos a conversar pero fue imposible: apenas la toqué, me golpeó de nuevo y con mayor fuerza. Impotente, volví llorando a nuestra habitación y me escondí bajo las sábanas, sintiéndome como un cachorro asustado. Muy entrada la madrugada, Ximena se metió en mi lecho y me hizo el amor. Cuando terminó, me besó en la frente y me dijo que había sido muy valiente. Luego regresó a su cama.

A partir de esa ocasión, hubo muchos más, siempre que mis suegros salían de viaje. La primera vez le echó la culpa al alcohol, la segunda al estrés de la universidad, la tercera a un malentendido conmigo... El común denominador eran las acusaciones que me hacía de serle infiel, pero también me recordaba que mi propia familia me había rechazado pues los avergonzaba; que era tan poca cosa que debería sentirme afortunada de que ella me quisiera y me diera un techo. Podría haberle dicho a sus padres lo que sucedía, ¿pero cuál sería su reacción? Obviamente no se pondrían de mi lado, ellos me brindaban un hogar y yo les ocasionaba problemas con su hija.

El acontecer de los episodios había ido en aumento desde que los padres de Ximena decidieron quedarse a vivir con su hijo mayor. También aumentó el nivel de violencia. Ocurrían sin previo aviso, sin un detonante aparente, y siempre –sin excepción- terminaban cuando ella me hacía el amor. Yo ya no lo disfrutaba, pues era como si intentara compensarme por la golpiza y la humillación. Luego me besaba y me recordaba que era valiente. Eran durante esos sus instantes de arrepentimiento los únicos en los que compartíamos la cama.

Yo amaba demasiado a esa mujer: era lo único que tenía y por lo mismo me sentía incapaz de abandonarla. A la hora de la cena, solíamos ver el noticiero juntas. Comentábamos las notas y reflexionábamos sobre la horrible situación del mundo actual: con guerras, muertos y desplazados. Todo ese sufrimiento allá afuera, me hacía pensar que lo que yo estaba viviendo no era tan malo después de todo, yo aún tenía el amor de Ximena. Todavía podía tener la historia de amor

memorable con la que llevaba soñando desde que era pequeña. Quería casarme con ella algún día y adoptar muchos niños.

Recuerdo que habían pasado unos pocos meses desde la graduación de Xi, cuando mi teléfono sonó mientras desayunábamos y contesté de inmediato al leer el nombre en la pantalla: “Mamá”. ¿¡Por fin me aceptaban de vuelta!?! Sin embargo, la emoción se esfumó cuando escuché la voz de la vecina de mi madre. Dejé el celular el día anterior en su casa, pero esa no era la razón de la llamada. Un incendio había arrasado con mi antiguo hogar, la causa aparente era una veladora que olvidaron apagar en uno de los tantos altares que mis padres tenían. Ellos se habían asfixiado antes de darse cuenta.

Dejé el celular en la mesa y corrí a cambiarme, pero Ximena me detuvo en seco. Se dio cuenta de que algo horrible les había ocurrido a mis padres. – ¡No irás a ningún lado! –dijo tajante, mientras me apretaba del brazo. –Ellos te rechazaron, se olvidaron de ti primero –continuó– es hora de que les devuelvas el favor. Intentaba liberarme de los brazos de Ximena y antes de lograrlo, me dio un puñetazo en la mejilla. – ¡Que no vas a ir a ver a los viejos! –sentenció furiosa. Tomó mi celular, las llaves, y se marchó, dejándome sangrando en el comedor. Después la oí poner el candado a la reja, así se aseguró de que no fuera a despedirme de mis padres. Lloré, grité y supliqué muchas horas pegada a la puerta con la esperanza de que Ximena regresara y se compadeciera de mí. Pero eso no pasó. Solo la misma rutina de pedir disculpas y ser valiente.

Para la siguiente Navidad, estaba cerca de convertirme en un esqueleto. Los últimos arranques de ira de mi novia se habían concentrado en mi peso. Según ella, había aumentado tanto de talla que casi le provocaba repulsión vivir conmigo. Vacío el refrigerador por completo y nomás comía cuando ella lo hacía y solo lo que ella me ponía en el plato. Varias semanas más tarde, mirábamos el noticiero local a la hora de la cena: la violencia que antes veíamos lejana, ahora llenaban los titulares de los medios. Balaceras y secuestros estaban a la orden del día. Las calles se

vaciaban a partir de las diez de la noche. – ¿Ves amor? –dijo Ximena tomándome de la mano– yo solo quiero mantenerte a salvo. De este modo justificaba el tenerme aislada del mundo: sin teléfono, ni llaves y el candado cerrado.

Hasta entonces, durante los ataques de violencia nunca había temido por mi vida. Sabía que Ximena me amaba y que no sería capaz de llegar a ese extremo. Todavía era amor lo que Xi sentía por mí, ¿no? Es la parte difícil, ¿cierto?

Una noche llegó furiosa a casa, aventando y destruyendo todo lo que estuviera a su paso; hasta que se topó conmigo y no dudó dos segundos en desquitarse. Me jaló del poco cabello que me quedaba, después me pateó por todo el cuerpo y cuando estaba por desmayarme, se detuvo. Decidí por fin olvidarme de la historia con él “felices por siempre”. Le demostraría que podía ser tan valiente como para ponerme de pie y dejarla.

Reuní las fuerzas que me quedaban y corrí hacia la puerta. Pero ella llegó antes que yo, cerrándola de un golpe. Después puso sus manos alrededor de mi cuello y apretó con mayor fuerza que nunca. –No me dejarás, Sonia, nadie te ha querido, solo yo.

Si morí esa noche o la siguiente, no lo sé. Al final, creo que mis padres tenía razón: no habría cielo para mí. ¿Entonces dónde está mi final feliz por el que me condené?

## Sobrevolando Miami

Jesús Hugo Ceja Clayton. Segundo lugar, Cuento 2018

Me asomo por el agujero. Siento mis pies jalándome. Uso toda mi fuerza para levantarme. Logro distinguir lo que parece ser un cielo verde y montañas azules con algo puntiagudo que parecen árboles. Me caigo y veo que más que paisaje parece espejismo.

Me acuerdo de respirar. Me lleno de aire y al mismo tiempo de energía para desprenderme. Cruzo el agujero y empiezo a flotar en un espacio donde hay figuras que me parecen familiares. Pero no logro entender si están cerca o lejos.

Veo formarse el suelo sobre mis pies, ahí está el derecho, ahí el izquierdo. Doy el primer paso con cuidado. El siguiente es más suelto, desaparece la sensación de esfuerzo. Mi extremidad se conecta a mi rodilla, algo fluye sobre mi piel. Mamá lo llama agua. Eso explica su buen humor cuando escuchó que iríamos al mar.

Me desplaza por la arena. Me cubre hasta la nariz. Una capa viscosa que va y viene me quema los ojos. Los mantengo cerrados como si algo estuviera mal. Los brazos me envuelven. Me liberé de esa sustancia líquida. Puedo respirar. Papá está sonriendo. Parece complacerse por decir que me rescató. Está convencido de que mamá lo va a compensar, quiera o no.

La tarde me pega en la frente. No sé si mamá se esté dando cuenta. No me deja de quemar. Desde que peleó con papá y le dijo que se muera nomás le pone atención al camino. No ha volteado a verme como los otros días. ¿Qué está pasando? Atravieso un agujero.

El convertible se detiene frente a un edificio con un portero en traje de baño. Me recibe con unos goggles y unas aletas “porque nuestros pies no están hechos para impulsarse en el agua”. Entro al hotel acuático. Hay un coral naranja con un letrero de se busca y la foto de un yorkie que se llama

Hugo. Otra vez se me envuelven unos brazos. Levanto la vista y saludo de beso a la quinceañera con la que bailo el vals.

La fiesta está llena de gente que parece importante. Hago un ademán que me devuelve el presidente. Me hace señas para que no me mueva. Escucho el bip. Una luz parpadea en su vestido. Un impulso ruidoso me saca volando hasta chocar con un japonés. Hacemos una reverencia para saludarnos. Apunta algo en una libreta y se la pasa a un guardia de seguridad. Dos samuráis entran cargados con hisopos en vez de katanas. Empiezo a sospechar que estoy en peligro.

Miro a mi alrededor para comprobar dónde estoy y cuando regreso la mirada veo la luz de un túnel. Pasamos por el agujero. Se alcanza a ver un helicóptero del novio de mamá. La cabina está llena. El abuelo, la abuela, mamá y yo subimos en el techo por debajo de las hélices.

Despegamos y nos elevamos sobre los rascacielos de Miami. El suelo se aleja de nosotros. A 10,000 metros de altura todo es diminuto. Sobrevolamos una ínsula llena de peces que brincan por encima de una mancha. Volteé a mi derecha y estaba mamá agarrada de una lanza de aluminio. Me dijo que nunca le he temido a las alturas. Aterrizó la nave.

Pude ver un sonido. No sé cómo explicarlo, pude verte. Sobre un fondo blanco, en forma de letras. Eran muchas y estaban juntas. ¿Es un sueño? Checo un reloj. Levanto mi brazo derecho. Supongo que ahí está. Me voy con mi vista a través del fondo negro que marcaba la hora.

Ya llegó. Lo puedo constatar. Las reglas marcan que a mi derecha iba a estar un agujero por el cual puedo asomarme y llegar a lo desconocido. El punto final.

## La ciudad de las cucarachas

Francisco Antonio Aguirre González. Tercer lugar, Cuento 2018

Érase una vez, una ciudad de cucarachas, en ellas habitaban todas esas criaturas que nadie en el mundo quería y detestaban, existían otras ciudades también, la ciudad de las abejas, la ciudad de los perros, la ciudad de los gatos, la ciudad de los pajaritos, en fin, una para cada criatura. Las ciudades se encargaban de preparar a sus habitantes para cumplir con un solo propósito; mejorar la gran ciudad.

La gran ciudad era aquella donde habitaban los humanos, entonces, ¿cómo las demás ciudades mejoraban a la de los humanos?, bien, las abejas aportaban una deliciosa sustancia que a los de la gran ciudad les encantaba y hasta hacían negocios con ella, también ayudaban a mejorar el jardín, a pesar de que las abejas eran de mal humor y picaban a los humanos aun así las querían.

Los perros eran conocidos por ser nombrados el mejor amigo del hombre, buenas criaturas, adoradas por su apariencia, jugaban con los más pequeños de la gran ciudad y con algunos mayores también, cuidaban la casa de sus dueños, fieles y siempre dispuestos a proteger, unas criaturas perfectas.

Los gatos eran unas criaturas amadas, enviadas para servir como compañía también, ellos no tenían que cumplir con ninguna tarea, eran bellos por naturaleza y a los humanos eso les encantaba de ellos.

Los pájaros eran criaturas hermosas también, enviadas para embellecer el paisaje, volando por los cielos, ya sea una sola o en bandada, eran libres por naturaleza.

Las cucarachas, creaciones horribles, por apariencia eran feas, por propósitos eran mucho peor. En la ciudad de las cucarachas las preparaban para enviarlas a dañar la comida, transportar enfermedades, hacer plagas, en fin, nada bueno, no eran como las abejas que a pesar de picar a los



de la gran ciudad eran queridas, no eran como los gatos que solo tenían que ser bellos, no eran como los perros que todos querían tener uno, en conclusión, no eran nada bueno.

Aquí empieza la historia de Sandy, una pequeña cucaracha que aún vive en su ciudad natal, Sandy es muy pequeña por lo que le falta mucho aún para ser enviada a la gran ciudad. A pesar de ser muy chica aún, Sandy es muy curiosa y quiere saberlo todo, ella sabe la historia de los gatos, la historia de los perros, la de las abejas y de los pájaros, pero no conoce la suya.

Sandy creció, está casi apta para ir a la gran ciudad, ella está muy emocionada, entonces es hora de hacerle saber su propósito. Sandy al conocerlo está realmente sorprendida, no puede creer que ese sea su propósito, ella quería ser como las demás criaturas, quería ser amada.

Ya en la gran ciudad Sandy se rehúsa a cumplir con el propósito al que había sido enviada, primero se hizo un traje de abeja, pero al darse cuenta de que no podía hacer miel desistió. Después se hizo un traje de pájaro, claro, tenía unas pequeñas alas y pensó que sería perfecto, pero, al darse cuenta de que no las podía usar por mucho tiempo para volar también desistió. Sandy comenzaba a sentirse más triste, claramente no podía ser un perro o un gato porque ¿a quién podría engañar con ese tamaño?

Sandy seguía sin cumplir con su propósito, ella se cuestionaba para que fue creada si no servía para nada bueno, solo para cosas malas y asquerosas, se preguntaba para qué existen las cucarachas, y por qué no fue otra criatura distinta.

Un día mientras reflexionaba, ella se dio cuenta de que tal vez y no nacen con un propósito definido realmente, tal vez en su ciudad están equivocados y les enseñan a ser malos. Sandy desde ese día comenzó a hacer cosas buenas, sabía que por sus capacidades no podía ayudar a los de la gran ciudad, pero si hacer su propia vida en la que no perjudicaba a nadie más.

Sandy hizo amigos, a los que les enseñó que no tenían que hacer lo que les asignaban, si no vivir su propia vida, sin afectar a los demás. Entonces Sandy llegó a la conclusión de que si no puedes ayudar a los demás tampoco los tienes que perjudicar, más vale ser feliz haciéndose su propia vida.

## Habladurías y verdades

José Francisco Padilla Martínez. Primer lugar, Cuento 2017

Mi compadre Begonio siempre fue un hombre, ¿cómo les diré? de arranque, como dicen por acá, de huevos, aventado pues. Desde chamaco se le miraba las ancas al pollo. Era cabrón, muy bien maiceado, alto, fuerte, siempre el más valiente del grupo, de la pandilla. Yo lo seguía porque era mi vecino, dicho sea de más, mi protector, mi guardaespaldas, el que recibía los golpes por mí, o al menos, el que siempre se entrometía entre los que me querían madrear, golpear pues.

Ya de adolescentes se fue un tiempo de soldado, pero no aguantó, o, mejor dicho, no lo aguantan los superiores; ni modo que lo mataran por ser tan desobediente. Eso sí, castigos, y hasta chingadazos le sobraron, para ver si así doblegaban su espíritu rebelde, y hasta cierto punto, salvaje. Y ya saben, por estos lugares nos casamos jóvenes. Así que al primer chamaco que tuve, pues le pedí al Begonio que me lo bautizara. Y aceptó, claro que aceptó, y de muy buen agrado. Tan así que vendió una motocicleta que tenía para poder comprarle el ajuar a su ya casi ahijado, y de paso algunas cuantas botellas de tequila. Apenas teníamos 19 años de edad; yo media de estatura alrededor de 1.60 él casi los dos metros. No crecimos más.

El compadre nos visitaba casi todos los días. Creo le gustaba cargar y jugar con su ahijado; tal vez con eso se quitaba las ganas de ser papá. Porque hasta eso, mujeres nunca le faltaron, pero me imaginaba que su interés no era casarse aún.

Los primeros cinco años de compadrazgo, mi compadre Begonio se encargó de las fiestas de mi hijo. Ponía desde el pastel hasta la comida. En fin, yo pensaba que no podía haber escogido mejor compadre que él. Aunque yo ya tenía otro hijo, y otro compadre, no tenía nada que ver un compadre con otro. Y mi mujer, no pues encantada también.

Incluso el compadre llegó a prestarme dinero en ocasiones que se me atoraba la carreta, y hasta a veces ni me los cobraba.

Pero ya conocen a la gente, luego luego empezaron los chismes. Yo intenté no hacerles caso; al menos los primeros meses. Ya después empecé a imaginarme cosas, o más bien a sacar conjeturas, como dicen por ahí. Pues se me empezó a hacer raro que siempre que estábamos en la cantina, ya medio tomados, me dejaba con una botella que ya había pagado él y me decía: "Compadre, ahora vuelvo, no se me vaya a ir, que regreso pronto". Y sí, regresaba después de una hora más o menos. ¿A dónde iría? Pues quién sabe, nunca me lo dijo. Y yo, ¡pues cómo chingados lo iba a saber! Hasta después lo supe. Primero empezaron los borrachos de la cantina a decir sus babosadas; después mis vecinas. Pero yo nunca quise creer ¿cómo iba a creer semejantes fregaderas? Era mi compadre, ¡mi amigo desde chamacos, chingada madre! ¿Cómo?

Pero como dicen, tanto va el cántaro al agua, que empecé a maliciarla, a pensarla, a creer en las habladurías. Y ahí fue donde la puerca torció el rabo. Dejé que el diablo por fin me tocara con su cola; y me dejé llevar por las murmuraciones.

Primero empecé a ser más preguntón cuando me decía que al rato regresaba". ¿A dónde vas compadre; pues qué vas a hacer; con quién vas; qué tanto tienes que hacer en la calle?" Incluso me le fui con lo sentimental: "¿A poco me vas a dejar solo compadre?; no la friegues, ¿cómo me voy a acabar la botella?; tengo ganas de platicar contigo". Hasta me le puse al brinco de que quería acompañarlo adonde fuera. Por supuesto nunca me dijo la verdad, ni me dejó acompañarlo. No, y pues ¿cómo lo iba a hacer el muy cabrón?

Por supuesto mi relación con él empezó a cambiar; empecé a ser más frío y alejarme. En mi casa no hablaba con mi esposa y los pleitos eran muy frecuentes. A este punto creo que ya saben por dónde iban los chismes. Pues sí, se decía que mi compadre y mi mujer tenían sus quereres; que mientras yo me emborrachaba en la cantina, ellos se revolcaban detrás de mi casa. Que cuando yo

estaba en la faena, ellos aprovechaban para darle rienda suelta a sus calenturas. Y lo que más me llegó a encabronar, fue que dijeron que mi primer hijo no era mío, y claro, que era de él.

De más está decir que empecé a sacar figuraciones; y pues cómo no, tanto cariño hacia ese pinche chamaco; y la otra, mi mujer, siempre encantada de ese trato. ¿Ustedes cómo reaccionarían? Me supongo que son humanos, y me imagino que hubieran actuado como yo. ¡Y más cuando comprobé lo que las pinches malas lenguas contaban! De sobra está el narrarles la escena que me tocó ver.

Creo que los que tienen sangre en las venas, hubieran reaccionado igual que yo. Aunque jamás en mi vida me había liado a golpes, y esto gracias a mi compadre Begonio, sentí por primera vez las ganas de hacerlo. Así que un maldito día me agarré de valor y lo esperé a la vuelta de mi casa, con mi machete recién afilado. Lo iba a matar, a destrozar. ¿Cómo iba a dejar que mi compadre me hubiera hecho eso y siguieran las cosas igual? Claro que no. ¡Ni madres!, tenía que limpiar mi honra. ¡Y que mi compadre hubiera hecho eso! Al vecino bueno para nada se lo paso, pero no a él. ¡Nunca!

Aún así y con todo mi coraje, mientras lo esperaba en aquella esquina, empecé a razonar mejor. ¿Qué necesidad de matarlo? ¿Quién tendría más culpa: mi mujer o él? A final de cuentas él es hombre y las mujeres son las que deben de decir no, y más cuando están comprometidas. No, mi compadre no tenía la culpa. Solamente era otro hombre en busca de alguna vieja que le abriera las piernas. Y pues sí, hasta yo me había revolcado con algunas mujeres del pueblo, casadas y otras ya con fecha de boda. Y razonándolo mejor, nosotros no teníamos la culpa, la culpa era de ellas. Tal vez si lo hablaba con mi compadre llegaríamos a algún acuerdo. Tal vez.

Pero al verlo brincar el cerco de mi casa y encender un cigarrillo, también pensé: “Pero bueno, también está en nosotros saber respetar lo de los amigos, lo de los compadres, lo de los casi hermanos...”

Cuando mi compadre dio la vuelta a la esquina, solté el primer machetazo, a matar, a rajar cabeza, a desaparecer su existencia. No lo logré, la oscuridad, y aunque ya mis ojos estaban acostumbrados a ella, y los buenos tragos de tequila que me había tomado, hicieron que mi tino fuera malo; pero los instintos de él, yo creo que vieron como si estuviéramos a pleno medio día, y su navaja, quién sabe de dónde la sacó, atravesó mi piel, músculos y corazón. Y ahí, me desplomé, como saco de piedras. Mi último pensamiento fue: “pinche compadre Begonio”. Ni siquiera alcancé a dar un grito, nada más un resoplido.

Me velaron, mi esposa lloró, mis hijos también; incluso mi compadre Begonio lo hizo. Nadie supo quién me asesinó. Mi compadre no lo dijo. Creo que al siguiente día se dio cuenta de quién lo había querido matar y al cual él le ganó el jalón.

A estas alturas, no me importa qué pasó con ellos dos en lo que respecta a sus relaciones. Vienen a visitarme los días de muertos y en mis aniversarios. Siempre por separado. Ella me trae flores, solamente lloró en mi entierro. Mi compadre Begonio sigue derramando lágrimas cada vez que se para frente a mi tumba.

## La respuesta de Jesucristo

Mireli Solano Garcilazo. Segundo lugar, Cuento 2017

Cuando lo vi con el rabillo del ojo ya se estaba robando su alma. Estaba ahí junto al catre, emitiendo con su hocico un calor que sofocaba. El miedo me robó la voz, pero la angustia se la llevó el viento y mi padre la pudo respirar. Despertó a todos, mi hermano estaba inconsciente.

Nunca nadie supo a ciencia cierta, cuáles eran las raíces de mi abuela. La encontraron cuando una pareja bajó del cerro para comprar maíz. En una tarde de cielo nublado, con la espera de un huracán que amenazaba con derretir su casa de adobe. La criatura estaba envuelta en un rebozo negro, arriba de una piedra donde las campesinas tallaban las camisas sucias, apestosas de sus hombres, manchadas de trabajar el campo. El río estaba subiendo, habían mandado desbocar la presa. Esa niña piel morena, de ojos esmeralda, fue una aparición para Isidro y Lupe. Un aborto les había quitado la ilusión de ser padres. Sin duda era un milagro, la respuesta de su señor Jesucristo.

La muerte repentina, sigilosa de sus salvadores hizo que de nuevo, ella fuera huérfana a los dieciséis años. Fue cuando obligada por el hambre, la soledad y la lujuria se casó con Emigdio. Un hombre blanco, que trabajaba por temporadas en la presa. Por las tardes de ocio rondaba la casa de Esmeralda. Embebecido por sus ojos, fue capaz de desafiar a Isidro, que nunca confió en él. Los campesinos miraban con recelo al esposo de Esmeralda, las lenguas del viento rumoraban que había llevado personas para que envenenaran a las únicas almas que velaban por la más bonita del cerro.

Esmeralda parecía cada vez más hermosa, y Emigdio cada vez más viejo. Ella pasaba el día envuelta en su rebozo, sentada en la mecedora, hojeando un pequeño libro viejo, amarillento y polvoriento, mientras la comida en la hornilla tomaba sabor. Mi padre nació al segundo año del matrimonio. Decidieron llamarlo Isidro como su abuelo, como una recompensa, para que la gente

olvidara los males del pasado. Celia nació el dos de noviembre. Al llegar el rumor a sus oídos, Emigdio tiró su botella de mezcal y montó su caballo. Fue como si Celia, hubiera pagado su vida con la muerte de su padre.

Esa tarde mi padre llegó con la leña, cuando estaba dando vuelta a los frijoles que yacían humeantes en la olla de barro, que cada vez estaba más ennegrecida, más calcinada. Mi madre aún no encendía la lámpara, Octavio el más pequeño había derramado el aceite, por lo que Samuel tuvo que ir a casa de la abuela para pedir un poco. De reojo, por la puerta de tela vislumbré una sombra, pensé que era la mía, pero no había manera de que lo fuera. Vivir en medio de cerros, de hierba y de la nada, hacía imposible que alguien estuviera detrás de esa puerta. Los frijoles se estaban secando, no podía mirarlos. Prendí una veladora, y la dejé caer. El aullido de ese animal me tocó el alma, olía a azufre. Su hocico mostraba sus dientes, sus largos cabellos se enredaban con el fondo de la noche. Grité, mi madre llegó, pero el humeante olor a azufre ya se había ido. De seguro era un perro de los que cuidan a las vacas, bajó del cerro por agua y lo asustaste cuando gritaste, dijo mi mamá, acurrucándome en sus brazos. Samuel llegó, la abuela Esmeralda no estaba en casa, pero la tía Celia le brindó el aceite a regañadientes. Después de cenar tendimos los catres, Octavio y yo comenzamos a contar estrellas hasta dormirnos.

Ese gruñido de dientes, que desprendía el fétido aroma a azufre estaba en la cabeza de Octavio. Cuando mi papá tomó el machete, el perro, con su negrura inmensurable se escabulló por el monte. Mi hermano estaba inconsciente. Entre lágrimas mi padre lo llevó adentro ¡Fue ella! ¡Fue ella!, gritaba con desesperación. Samuel intentaba reanimar a su pequeño hermano con bofetadas, una tras otra pero él no volvía. Hay que rezar, le quiso robar su alma, dijo mi madre, colgándose el rosario en el cuello. Mis padres eran creyentes de la hechicería, aquel perro negro, quiso robar el alma de mi hermano para seguir viviendo. Era una persona que tenía pacto con el diablo, robaba almas para seguir con vida. Pero no me imaginaba quién querría matar a un pobre inocente.

Comenzamos a rezar, con mucho fervor, con toda la fe que se puede tener, pero Octavio se ponía frío. De pronto esa bestia empujó la puerta, había vuelto por su alma. Hacía temblar la humilde casa, era un milagro que la lámina resistiera tanto. Samuel y mi padre tomaron la escopeta, tenían el punto exacto en donde atraparlo. Salieron por lados opuestos para rodear la casa y llegar hasta la mancha oscura cuando los dos se encontraban con el arma lista y en lugar indicado, el perro subió al techo, hundiéndolo, haciendo estremecer al cielo. Gracias al grito de mi madre, pudieron salvarse de una muerte trágica. El animal quería entrar a la casa, quería llevarse todo, no solo el alma. Y mi hermano, se enfriaba, se enfriaba. Los rezos no intercedían por él. Empujó de nuevo la puerta, yo me encontraba inmóvil como si el tiempo se hubiera detenido. Miraba a mi hermano yéndose, y mi madre rezando para que no lo hiciera. Rodearon al perro, este comenzó a correr, lo siguieron. Mi padre, Isidro, sentía que corría a la misma velocidad que esa bestia, como si lo jalara, como si lo dirigiera. Sus piernas no podían más, se dirigían a un cerco de madera, el animal no pudo cruzarlo. El escopetazo lo hizo caer, le dio en una pata y su forma poco a poco se recobraba.

Cuando llegamos al velorio Octavio y yo nos asomamos a su ataúd. El cuerpo de la abuela tenía el pie desecho. Voltee a un lado, mi tía Celia vestía el rebozo negro de mi abuela y de él sacó un libro.



## Los desaparecidos

Missael Alejandro Campoa Lázaro. Tercer lugar, Cuento 2017

Resulta interesante cómo las desapariciones han sido catalogadas como uno de los misterios que más intrigan a la humanidad alrededor del mundo y la historia, superando, incluso, situaciones que el pensamiento lógico por sí solo consideraría peores como lo es la muerte o el abandono por parte de la persona que ya no está, y es que la certeza de estos acontecimientos por alguna razón trae tranquilidad a los implicados, dejándoles muchas veces seguir sus vidas en paz, el estrago es solamente ese sentimiento que todos experimentamos cuando perdemos totalmente algo querido. Pero es distinto cuando no sabemos qué sucedió, barajar las posibilidades sin poder escoger, tener la duda, el no saber qué pasó con el objeto anhelado, ese desconcierto es el que termina matando, comiendo por dentro a los que se ven obligados a cargar con el peso de la incertidumbre.

La historia que aquí nos compete de cuentas de lo anterior mencionado. En cierta casa hecha de barro, madera y despojo de un pueblo antiguo, pobre, situado entre la nada y el desierto, se encontraba Teresa, la madre de José, señora que llevaba toda su vida ahí, creyente de devoción, con mucho que contar pero poco que decir.

—No te vayas al monte hijo, Paco, el hijo de la vecina se metió hace unos días y no ha venido. Creen que ya se desapareció como los otros que se han ido solos, Justina está que no cabe en sí porque creen que le pudo pasar algo allá adentro. Al rato voy a ir a verla otra vez.

—Madrecita, ya está enfriando y ocupamos leña, porque si no nos vamos a congelar, ya va llegando el invierno. Ya es tarde, me tengo que ir a jalar, al rato regreso— Se escuchó decir a su hijo que ya estaba para salir.

—No ocupamos todavía, te puedes esperar a que alguien más vaya contigo, pero vete a trabajar pues, que Dios te bendiga.

José salió de su casa al trabajo, se encargaba de pastar y cuidar el ganado en el rancho de su señor, Félix, el cacique que era dueño de todo el pueblo, al menos en un sentido simbólico. Así pasaba, unos estaban arriba y otros abajo, nunca se veían señales de que esto fuera a cambiar, incluso en aquellos tiempos cuando los reyes ya habían sido derrocados, algunos rincones desgraciados quedaron repartidos por el mundo en donde tanto la justicia como Dios se habían desentendido de sus hijos. Uno de ellos caminaba ya de noche a su casa, cargando en su espalda la jornada del día con el peso del sereno que enfriaba su andar. Cada paso era como un reclamo a la tierra que tantos años había recorrido con el mismo malestar de represión. El camino, un pasillo hecho de tierra y mezquites no hacía más que ampliar ese sentimiento de soledad que abarcaba la totalidad del mundo, sin saberlo su mente dudaba si había algo más allá de su pueblo que hiciera las cosas mejor, poco importaba, su vida era así, no podría simplemente marcharse de su tierra.

De vuelta en casa, con el semblante cansado se le veía sentado a la mesa, su madre había hecho con dificultad unos frijoles, José no podía dejar de señalar que cada vez había menos palos para hacer fuego y que en poco tiempo ya no pondrían ni calentar la comida.

—Mañana iré a buscar leña, le pediré la tarde al patrón, estos días ha andado de buenas, y a lo mejor y sí me lo da.

La madre de José que se encontraba de espaldas prefirió quedarse en silencio, ese silencio que tanto dice cuando se abre paso cortando el aire, obligando a su dueño a agachar la cabeza como un esclavo amarrado con una argolla al cuello, el que obliga al que lo recibe a buscar motivos, juntar sus pensamientos y tratar de averiguar desesperadamente qué mal paso lo hizo merecedor de ese castigo.

Fue una noche pesada, con la duda clavada en la piel, el día siguiente sería una doble jornada, primero debía de cumplir con su trabajo habitual, después, si su patrón se lo permitía, tendría que alejarse al monte en busca del sustento para al menos los próximos días.

Metiendo los animales al corral tomó el valor suficiente para acercarse y pedir permiso para irse.

—Señor, venía al preguntarle si podría darme la tarde libre, es que tengo unos quehaceres y de verdad ocupo irme.

El jefe tenía las manos y un pie puestos sobre el barandal del corral, ni siquiera necesitó dejar de mirar a los animales para responderle con voz plana: no.

—Pero patrón, de verdad necesito irme— Dijo José con un tono lastimero.

—¡Ya te dije que no!— Contestó Félix. ¡Y te me vas rápido a preparar las cosas que se van a usar mañana para ordeñar a todo el ganado!

Ya lo hice, todo está listo, por eso se lo estoy pidiendo, ya no hay nada más que hacer— Replicó José, como si la plática se tratara de argumentos y justificaciones.

—¡Te pago para que te quedes, pobre de ti si te largas, que aquí no vuelves a entrar!

—Si ya sabe que yo le saco el trabajo, no se pa' que se pone así con sus modos— Dijo e inmediatamente notó la imprudencia que había cometido al dirigirse así al dueño del lugar, mismo que estaba acostumbrado a dar órdenes y que le obedecieran.

—¡Pues te me largas! Y ya no regreses por aquí, ya habrá otro que haga tu mismo jodido trabajo sin que se note diferencia.

Con la sangre hirviendo por sus venas, pero ya sin más ganas de protestar, José se dio media vuelta, sintió en la sien como si la vida lo estuviera obligando a buscar algo mejor, así que se marchó.

Doblegado llegó a casa, cruzó la puerta de enfrente y siguió por el pasillo gris y agrietado hasta salir al patio donde se encontraba el árbol en el que estaba recargado el machete, su madre no estaba dentro, por lo que al salir le dejó con la vecina de al lado el recado de que más tarde regresaría, quizá hasta antes de que anocheciera, y así fue, poco a poco se fue adentrando al monte entre matas y tierra mientras caía la tarde.

—¡Tu hijo José dijo que al rato volvía. Que iba al monte por leña!—. Gritó la vecina cuando vio que Teresa volvía a su casa con poco mandado entre las manos— ¡Que a lo mejor hasta antes de que se hiciera de noche!— Finalizó sin esperar respuesta.

Teresa sintió que se le hacía un nudo en la garganta, le pesó más el poco mandado que cargaba consigo. Entró aparentando que no había escuchado, aunque por dentro llevara la angustia y el miedo que le provocaban los ecos de lo que se decía en el pueblo: que algo había en el monte, que las personas que se estaban metiendo solas ya no salían, que seguramente andaba algún diablo por ahí viendo a ver a quién se llevaba consigo.

Casi llorando, con las lágrimas a punto de caer se puso a hacer lo mejor que una persona de pueblo puede en esas situaciones, cerró sus ojos y pidiendo se puso a rezar en la soledad de su casa, que a pesar de lo pequeña que era, se sentía inmensa.

Ya la línea del horizonte se veía recibiendo al sol en sus adentros, dándole a todo ese color anaranjado, preludio del anochecer.

José golpeaba el último palo seco que se llevaría consigo para usarlo de leña, pensaba poco y hacía mucho, no quería regresar a la incomodidad de saber que no se tiene trabajo en una tierra donde apenas y se encuentra algo para comer, podría ser que esta leña calentara lo último que su madre y él se llevarían al estómago.

Veía pegada en un mezquite una pequeña luciérnaga que comenzaba a dar su luz, estaba entre los dos grandes brazos del árbol, veía como su vientre comenzaba a brillar, sin darse cuenta

la noche lo había alcanzado adentro del monte, así que comenzó a juntar sus cosas, que en realidad solamente eran el machete, un bule y lo que acababa de despojarle a la tierra. Se echó a la espalda esto último y caminando tomó el camino que lo llevaría al pueblo.

En medio del cielo una de las estrellas clavaba más que las otras la mirada en la sombra que se movía entre el paisaje, curvada, avanzando a paso lento dando a entender que no tenía a donde ir. Unas sombras que se distinguían por un tamaño más pequeño y un andar más rápido se movían por entre la maleza, rodeando cada vez más de cerca a la de mayor tamaño, pero parecía que, ensimismado, José no lo notaba, solo caminaba sin mirar ni pensar, desde arriba el inminente choque se podía anticipar en cualquier momento, de pronto, con el último golpe de aire que tocó su rostro se vio caer a la sombra más grande en medio de la nada y se hizo el silencio.

Nunca más se supo de José al igual que de los tantos otros que se atrevieron a entrar al monte sin que nadie más los acompañara, pasaron los años y Teresa comenzó a cambiar de semblante, toda la gente que la conocía pensó que con el tiempo había logrado alcanzar la resignación por lo ocurrido, que por fin había logrado aceptar que su hijo jamás volvería a cruzar por esa puerta ni que se marchó sin avisarle a otro lugar donde le fuera a ir mejor, pero de pronto, sentada en la puerta de su casa, mirando a la calle vacía se puso a llorar y su voz se convirtió solo en un sonido de lamento.

## El tirón

Carlos Javier Mávita Corral. Primer lugar, Cuento 2016

*El verdadero modo de vengarse de un enemigo es no parecersele.*

*Marco Aurelio*

I

Aunque no puedo compararlo a lo que siento, sé que Alicia nunca olvidará ese tirón en su brazo. Recordará las noches en vela de los primeros días, el dolor en los pezones por la mañana y el sol de aquella tarde en el parque, cuando caminaron de la mano. La despertará el sonido de su voz, que confundirá con el canto de las aves, y le parecerá escuchar un llanto, que se mezclará con el de sus propios ojos, donde verá los de él reflejados, inocentes y claros como ese viernes de primavera.

II

Él lo sabía, si fallaba no habría otra oportunidad. Con paciencia felina espió sus movimientos desde el verano pasado, si no lo hacía en ese momento podrían transcurrir meses para volver a tenerlo de frente y entregarle lo que tenía preparado. Unos segundos bastarían, pero Arturo Macías no era el hombre más valiente, y a pesar de que antes repasó cientos de veces en su mente lo que tenía qué hacer, sentía sus latidos desde el bregma hasta el cóccix.

No era la primera vez que lo hacía, en su historial figuraban por igual hombres y mujeres: unas bailarinas exóticas (que al final resultaron ser bailarines), la pérfida esposa de un político de medio pelo, alguna turista extranjera y dos o tres narcotraficantes en ascenso (con los que supo hacer un buen negocio), sin embargo, jamás estuvo tan cerca de dar un salto tan importante.

Dicen que Antonio Gamboa es padre de dieciséis niños, hijos de al menos siete madres, también cuentan que si bien es cierto que muy poco los visita, a ninguno le falta lo indispensable y

que no ha sido necesario buscarlo para exigirle alguna pensión. Quienes sí lo investigaban, eran los rivales. Tú sabes que la envidia jamás falta. Y es que si hay algo digno de reconocerle a Gamboa es, desde mi punto de vista, el liderazgo con el que condujo a su empresa hasta convertirla en una de las más prósperas del país. En solo cinco años levantó de la quiebra el negocio de su familia y lo extendió hasta fronteras inusitadas, lo que le mereció tanto el amor de los suyos como el odio de los demás.

Por su parte, Macías era desconocido en la ciudad, lo cual motivó su contrato. Necesitaban a alguien que supiera moverse sin dejar rastro, y él había conseguido salir siempre ileso. Si fallaba no existiría problema para ellos, pues no sería el único. Antes que él, tres hombres lo intentaron, pero Gamboa es más listo de lo que aparenta y de alguna manera logró prever el embiste.

### III

Efrén había ido a comprar café. Aunque era un verdadero adicto no bebía cualquier cosa, necesitaba ver el grano y sentir su aroma, así era capaz de distinguir un Tarrazú de un Blue Mountain. No recuerdo la primera vez que nos sentamos a tomar una taza, tampoco recuerdo la última. La memoria es caprichosa y se empeña en registrar imágenes aleatorias, me decía. Nunca le gustaron las fotografías, prefería que la imaginación rellenara los huecos del olvido para embellecer el pasado.

Después de pagar por su bolsa, Efrén se cruzó con Superman, y estoy seguro que vino a su mente el recuerdo de aquella navidad aún con el cabello negro, cuando su hijo alborozado abrió la caja al pie del pino, extrayendo el disfraz de superhéroe.

#### IV

Macías condujo despacio, mantuvo siempre la distancia sin perderlo de vista. Era extraño que alguien como Gamboa viajara sin compañía. Quizás era porque estaba en su sitio, donde todos lo conocían y donde la mayoría lo veía como un benefactor; tal vez, porque la policía trabaja para él.

Las cosas no fueron sencillas en la vida de Macías, de niño maltratado, pronto pasó, de secundaria en secundaria, a delincuente juvenil: simple cholo con sueños de grandeza. Lo único rescatable en sus treinta años, era su incipiente matrimonio. Planeaba cumplir la misión y volver a casa para iniciar otra vida.

Se estacionó frente al auto de Gamboa y, pensando en su esposa, tiró del gatillo.

El tiempo se detuvo, las pupilas se dilataron; el aire se secó, los transeúntes sintieron dentro de su pecho el batido de las aves que huían. Era la primera vez que él, diestro en punzocortantes (y no malo con la escuadra), dirigía un calibre tan grande al corazón de otro sujeto. Como era de esperarse, la ráfaga no fue precisa. Daños colaterales, dijeron.

Entre una nube café, el desplome inicial fue de Efrén. El proyectil no le dio oportunidad quizás de registrar esa imagen para siempre, fue fulminante. Las fotografías vinieron después, cuando todo pasó y los buitres de la prensa llegaron.

De saberlo antes, ella no habría intentado correr. Lo tomó del brazo y, tras apenas dar un paso, la mordida de la serpiente se clavó en el niño. Alicia sintió el veneno en su propio cuerpo y vio cómo caía, en un charco de sangre, la capa de Superman.

#### V



Había sido una larga semana y, aunque me gusta lo que hago, contaba las horas para salir. A pesar de hallarse consciente al momento de su ingreso, presentaba Blumberg, matidez abdominal y líquido libre en la cavidad peritoneal. La laparotomía no sería difícil pero era inevitable, yo saldría por la noche.

Así me lo platicaron:

Al segarles la vida a dos inocentes y presa del miedo por meterse con un gánster, Macías emprendió la retirada del lugar, sin asegurarse que Gamboa yaciera sin vida. Al suponerse perseguido, huyó a toda velocidad estampando el coche en el semáforo de una esquina, el volante hizo el resto.

La enfermera sabe que al menos de que se trate de algo sumamente importante, no tolero interrupciones. Lo comprendí de inmediato, Efrén acostumbraba salir cada viernes por café. Siempre quiso que lo llamara por su nombre, nunca le gustó que le dijera papá.

El tirón de mi mano fue suave. Hicimos lo que pudimos, le dije a la esposa.

La tarde siguiente, al hijo de Alicia, a Efrén y a Macías los sepultaron en el panteón municipal. De Gamboa no he vuelto a saber.

## Salir del camino para no llegar a Roma

Isaí Gloria Espinoza. Primer lugar, Cuento 2015

La estaba pasando de forma relajada, pero de alguna forma, aquellos días no eran vacaciones, eran ya parte de su rutina. Lo cierto es que llevaba ya tiempo apenas dedicando sus horas a asuntos del trabajo. Era así no por algo negativo, sino porque no lo necesitaba. Alfonso, que detestaba las grandes ciudades, había visto la posibilidad de vivir en un lugar residencial retirado de la Ciudad de México. Valle del Altiplano, era el nombre de aquel lugar. Desde ese punto, regularmente tardaba un par de horas en llegar a la ciudad. En opinión de Alfonso, las ciudades de ese tipo no eran más que un hoyo con personas de acento exagerado, propenso al desastre. Reconocía las ventajas que la ciudad ofrece, y las bondades que daba aquella en particular, pero para él no eran suficientes. Prefería recorrer la carretera al necesitarlo, algo poco frecuente en realidad. En general, aquellos días eran bastante similares entre sí, de modo que era bastante predecible saber lo siguiente en su lista de cosas por hacer. Esa mañana, por ejemplo, despertó un par de minutos después de las 7:00, pero no se levantó sino hasta las 7:30. Se aseó, bajó a la cocina a preparar algo de fruta y, hacia las 7:45, se encontraba caminando con unos blancos pantalones cortos, una cinta deportiva sobre la frente y una mochila sobre su hombro derecho. Le tomó solo unos minutos llegar a una pared construida en ladrillo de unos 1.50 o 1.60 metros de longitud. En la mitad de esta, unos barrotes de metal se abrieron para permitirle la entrada. Justo a un lado de ahí, un letrero impreso sobre piedra y colocado sobre el muro rezaba en una ostentosa tipografía: "Club Social de los Olivos: ámbito deportivo". Seguido de esto un ridículo eslogan en una letra un poco menor. Unos pasos después horribles esculturas recibían a los visitantes. Le jodían, simplemente aquellas cosas le jodían. Eso, y el grandulón que vestía una camisa con el logotipo del cuerpo de seguridad le parecían no solo innecesarios, sino ridículos. La persona encargada de poner las

esculturas ahí debía de tener un terrible gusto y una ignorancia impresionante. Pero además era claro que aquella misma persona disponía además de unas tremendas ganas de pretender sus respectivos asuntos. Al final, lo que sentía por ellos era cercano a la "neutralidad". No completamente, pues había visto de cerca a Abraham preocuparse. Tener hijos no debía de ser fácil. Nunca. Así que, aunque los recordó, ellos ya no estaban, así que no debía de tenerlos en cuenta. Debía de recordar al sujeto con quien creció y compartió muchas experiencias. Planeó vender sus acciones y donar por lo menos la mitad de lo que obtuviera. Pensó en lo mucho que ayudaría gracias a eso, y aunque roza la idea de la corrupción, la quitó de su mente. Algunas personas vivirían mejor gracias a él, en eso quería concentrarse. Pero, al llegar a casa y arrojar las llaves al piso tras abrir la puerta, se dio cuenta que aquello no era suficiente. Comenzó a derribar los muebles y a dar golpes a las paredes, finalmente, cuando sus fuerzas se hubieron acabado, se recargó sobre una de las paredes con las manos sobre su frente. Empezó a deslizarse hasta llegar al suelo, y ahí. Alfonso comenzó a llorar. Pensase en lo que pensase, no era suficiente en lo absoluto.

Logró vender sus acciones, pero solo logró hacerlo a un quinto de fracción. Se deshizo de la mitad en la forma como lo había planeado, para así sentirse con la libertad de gastar el resto como cerdo si así lo deseaba. Y aunque no le fue sencillo, encontró la casa de Abraham. Se dispuso a llamar a la puerta, pero cuando estuvo a punto de tocar el botón del timbre, se arrepintió. Su cabeza se puso en blanco. En verdad no encontraba que decir. Volvió a subir al auto y, ahí, se llevó las manos a la cabeza. Después giró la llave en la ranura y arrancó.

Habían pasado dos meses desde que escuchó los resultados de su sentencia, y lo cierto era que no lucía demasiado enfermo. Algo pálido, quizás. Eran mediados de octubre, pero no hacía un clima demasiado frío. Alfonso vestía un ligero suéter de cierre y pantalones cómodos color amarillo crema. Mientras esperaba la hora de su vuelo se dio una vuelta por la librería. Era irónico, pero nunca acostumbró leer y ser socio de una editorial no hizo la diferencia. Encontró un libro sobre

budismo interesante. Tenía la idea de que el budismo hablaba sobre alejarse de las posesiones y encontrarse a uno mismo. Por lo menos era lo que sabía de elegancia. Aunque no podía evitar sentir algún remordimiento, vociferaba cada vez que pasaba junto al guardia. A este, sin embargo, no parecía importarle mucho. Llegó hasta las canchas de tenis para encontrar a Fabiola y al hermano menor de esta, Edgar. Sabía que los encontraría ahí, pues eso era todo lo que ellos hacían. Nunca había sucedido, pero en ese momento le pasó por la cabeza que él estaba en la misma situación, y se sintió un poco irritado. Alejó la idea de su mente y les saludó. Era distinto, sí que lo era. Alfonso consideraba que él tenía derecho a jugar tenis o canasta por las mañanas pues se lo ganaba, a diferencia de ellos, que a pesar de estar ambos cerca de los 30 seguían manteniéndose por caridad, de sus padres. Cuando terminaron de jugar y Alfonso hubo ganado por una diferencia abismal, Fabiola le propuso les acompañara a pasar la tarde en el cine y, si se sentían de humor, ir luego a algún club nocturno. Se negó de inmediato. Lo hizo así por varias razones. La primera es que detestaba el cine. Imaginaba a los escritores redactando los guiones con ideas absurdas y pensamientos pomposos mientras reían de lo que ellos mismos escribían, y a los actores hacer lo mismo después de filmar una seria escena de acción o de drama. O peor aún, cuando la película pretende tener, pero no tiene ningún significado real. La segunda razón es que no soportaba mucho a ese par. No solo porque fuesen unos parásitos, sino porque detestaba charlar con ellos. La forma en que ellos mezclaban palabras extranjeras con el español le causaba náuseas. Tal vez no fuese de esa forma si supiera que ellos poseían una pronunciación o un entendimiento mínimo aceptable. Fabiola generalmente tenía una actitud y una reacción a las cosas como una adolescente insoportable, vulgar y tonta. Tal vez, pensaba él, algunas actrices o modelos tienen de algún modo el derecho a adoptar esa actitud, pues tienen características faciales bien consideradas, además de estilos y movimientos imponentes. Pero Fabiola estaba muy lejos de tener aquellas cosas. Solo pretendía tenerlas. Además, en el caso de aquellas mujeres, eso es lo que el público espera de ellas,

y nadie espera una actitud exasperante de una mujer indeseable que no se mantiene por sí misma. La tercera y más fuerte, es que prefería acudir a los clubes nocturnos solo. Le encantaba estar con mujeres, pero no veía lo emocionante de compartir sus experiencias con personas irritantes.

Volvió a casa una hora después, hambriento y con el cuerpo sudado. Pero antes de atender aquello, encontró motivos para sacar las bolsas de basura. No era un hombre avaro, pero se creía con la capacidad para poder hacerlo por sí mismo.

Tampoco tenía el propósito de "ahorrar ni nada que se le pareciese". En realidad, Alfonso era un sujeto de lo más acomodado. Hacía cinco años, cuando solía charlar con su amigo de toda la vida, Abraham, recibió un ingreso relativamente grande. Abraham, que era alguien bastante listo, le sugirió abrir un negocio. La verdad es que eso no suele ser una mala idea, y probablemente de haberlo hecho así, el resultado hubiese sido igualmente bueno. Pero Alfonso vio la oportunidad de comprar una pequeña parte de las acciones de una embotelladora. Fue bastante afortunado, pues obtuvieron contratos al poco rato y los beneficios se multiplicaron. Había comprado la gallina de los huevos de oro. Un par de años después compró acciones en una editorial, al que pasó a ser parte de la junta. No era la más grande, pero distribuía, en comparación, bastantes libros de texto, y eso era venta segura. Esto último le había costado casi tres millones, pero parecía haber valido la pena. Su última proeza fue lograr eludir cerca de 13 millones en la embotelladora, por lo que recibió casi dos en honorarios. Todo aquello era genial, pero la realidad era que Alfonso prefería perderse en el desierto que reunirse con el resto de accionistas con frecuencia. Viajaba a la ciudad para encontrarse con hombres mayores, pestilentes y de actitud arrogante a los que no soportaba saludar. Lo que más le molestaba era la reverencia que se les daba, y que él estaba obligado a dar también. "Es un verdadero honor la presencia del Licenciado que aquí nos acompaña". "Hemos arreglado una cita con el ingeniero, estamos ansiosos por reunirnos con él". "Soy el Licenciado Edgar Enríquez Cruz, es un gusto conocerle", repetía esto último el desempleado Edgar en cada reunión social a la que

asistía, pues había estudiado comercio en una pequeña universidad privada. Era consciente de que se trataba de una costumbre que no podía resolver, por más que esta le molestara, pero también sabía que existían lugares donde las cosas no funcionan así. Donde a los verdaderos genios, los que tienen coeficientes intelectuales altísimos y verdaderamente son capaces de cambiar al mundo se le saluda en las entrevistas con un: "¿Qué tal, Craig?, ¿cómo va el negocio? Excelente, Roge. El negocio va muy bien, gracias por preguntar." Y estos hombres iletrados exigían a capa y espada su respeto bien merecido. Podían ir a joderse a sí mismos, pensaba Alfonso al saludarles.

Sentía que convivir en aquel ambiente le envolvía de aquellas hipocresías, y se sentía incómodo al respecto. Esa era la razón por lo que constantemente compartía cifras generosas con instituciones variadas. Abrió la puerta, y casi llegaba al contenedor de basura cuando su teléfono sonó. Cuando respondió, aun ponía una de las bolsas negras dentro del recipiente.

—Buenos días, Alfonso, soy el doctor... —Sí, sí, claro. ¿Qué sucede, doctor Higuera? ¿Están listos los resultados? —Los tengo en la mano precisamente

—Bien. Usted me dice cuando puedo ir a recogerles.

—¿Crees estar muy ocupado esta tarde? Sería bueno te echaras una vuelta por acá, dijo el doctor. Alfonso se lo pensó.

El doctor Higuera estaba consciente de que no vivía a unas cuantas manzanas, y por eso pensó en primer momento que la temperatura constante y las pérdidas de memoria que había sufrido recientemente se debían a algo grave, pero también consideró que la voz de Higuera no desprendía modificación. Era más bien, cansada, cercana al sueño. Eso le hizo sentir bien. La razón por la que acudía a aquella clínica y no a un doctor más cercano era precisamente él, Higuera. Era un médico de confianza. Así que decidió responderle con la triste realidad, no tenía nada bueno planeado para esa tarde. Puso una camisa en el asiento copiloto de su Nissan Sentra (por qué autos

de otras categorías son para personas con problemas que compensar), y arrancó Tal vez, si no terminaba muy fatigado, podría darse una vuelta por algún buen bar.

Era una lástima, pues no las utilizó. Higuera fue discreto y cuidadoso. Se aseguró de sentar a Alfonso, cuando este entró al consultorio. Después con las palabras medidas le dijo el resultado. No importaba las variables que pretendían influirle esperanza, todo indicaba que estaba a cuatro meses del final de su camino.

Subió de nuevo a su auto de forma común, y volvió a casa con la respiración correcta y, si acaso, los ojos humedecidos. Durante el buen rato reflexioné en las cosas buenas que poseía. No en lo material claro, pues eso es solo mierda. Tenía una buena conciencia. Los cheques que firmaba a beneficio de aquellos lugares para niños y gente necesitada le infundieron seguridad. También que no era como aquellos sujetos que iban por la vida alardeando de vanidades cuando no tenían derecho a hacerlo. Recordó a su amigo Abraham que, aunque ya no tenían cercanía, tampoco habían resultado en una mala experiencia. Simplemente, se distanciaron. Fue Abraham quien comenzó a hacerlo, y Alfonso tenía la teoría de que se debía al dinero que él estaba acumulando. No se trataba de envidia, no creía eso. Pensaba más bien que Abraham comenzó a incomodarse pues él no lograba avanzar por su propia cuenta, y las ofertas de ayuda que él le ofrecía no lo hacían sentir confortablemente. Con respecto a esto, es importante mencionar que es gracias a Abraham, que Alfonso tiene ese notable deseo por repeler el matrimonio. Observaba cómo las dificultades que estos tenían eran tan fuertes, y sus diferencias tan marcadas que la casa no avanzaba en ningún sentido. Cuando se enteraba de aquellas cosas, Alfonso llegaba a empatizar y sentía una depresión tremenda. Sintió miedo de terminar en esa situación. Comúnmente, ese razonamiento suele ser aprendido en las personas cuando durante su infancia sus padres no hacen otra cosa sino discutir. Pero Alfonso no podía decir eso de los suyos. En realidad, el recuerdo que tiene de ellos es que apenas se hablaban. Ni para alzar la voz y buscar discusión, ni para decir buenos días. Ellos,

simplemente, funcionaban así. Aunque ambos trabajaban, ponían atención a sus necesidades y, por lo menos, pretendían escuchar. Sin embargo, y aunque por supuesto que no desarrolló por ellos un sentimiento negativo, no les extrañaba mucho. La máxima idea que lograron sembrar en él fue que le cuidaban por mera responsabilidad, pero no algo genuino. Podía estar equivocado, claro, pero aquello fue todo lo que le hicieron llegar a pensar. Probablemente se debían a lo mecánico en la forma en la que le trataban, pues ellos demostraban emoción y alegría por el tema. Comenzó a oírla, pero lo cierto es que no logró reunir la concentración necesaria, y no llegó a comprender mucho. No entendía mucho, pero su mente comenzó acariciar la idea de tirar su dinero a la basura, o quemarlo, tal vez. Razonó en todas las implicaciones que esto tendría y al final le pareció una tontería. Las horas transcurrieron rápido, y aunque hicieron escala en un par de ocasiones, llegó a Bombay en poco rato, según le pareció. La ciudad le recibió en su modo nocturno. Todo era una novedad, algo ciertamente maravilloso. Al llegar a un hotel, encontró el recibidor vacío. Solo se escuchaba una voz en el fondo. Esta hablaba algo inentendible, pero desprendía una furia incontenible. Decidió entrar detrás del mostrador, hacia la puerta del personal. Dio unos pasos en forma silenciosa, mientras seguía esa voz, hasta que encontró a un hombre gritándole a la mujer que limpiaba. Ellos no notaron su llegada. Alfonso escondió medio cuerpo tras de la puerta, mientras observaba la escena. La mujer no lloraba, solo observaba al piso y le tallaba con una esponja mojada y una cubeta llena de agua a su lado. El hombre que le reñía vestía de traje y llevaba unas gafas. Dio una ligera patada en las piernas de ella, quien tan solo se sacudió. Se alejó del lugar hasta salir al recibidor y, estando ahí, tocó la campana de servicio. El hombre de traje apareció de inmediato y le atendió con amabilidad. Hablando en el idioma universal, Alfonso respondía con una forma especialmente extraña de sonreír. Casi como si se le hubiese ocurrido un muy buen chiste y estuviera presente en un funeral. Al hombre del hotel le pareció muy extraño, pero no tuvo ninguna reacción. Hacia el final, Alfonso le entregó su tarjeta, y recibió sus llaves mientras el muchacho de



las maletas llegaba. Contuvo saliva en la boca y la escupió sobre el rostro del hombre. Este recibió aquello con una sorpresa tremenda, sin saber cómo responder. No hizo nada, solo dejó marchar a Alfonso con una mirada de misterio, mientras este le daba la espalda y el chico de las maletas fruncía el ceño. Volvió un par de horas después, intentado buscar a aquella mujer que había visto ser maltratada. La buscó por los pasillos y por las estancias, donde cuadros elegantes adornaban el edificio. Estas estaban bastante desiertas, lógicamente por la hora que era. Aunque se dijo a sí mismo que no debía volver a entrar al mismo lugar, decidió hacerlo de todos modos. Fue entonces que la vio tomando dinero a escondidas de uno de los escritorios. Esta vez Alfonso no pasó desapercibido. La mujer lo vio y él a ella, directo a los ojos. El apretó la dentadura y negó con la cabeza, como si alguien le hubiese preguntado algo. Entonces volvió por donde había llegado. Durmió hasta la mañana, cuando el sol estaba en plena potencia. Empacó sus cosas, con el objetivo de no volver. No debían, pero aquellas cosas le importaban. Le hacían sentirse perdido y en cuestionamiento.

Pasó el día caminando, comprando lo que le parecía apetecible y observando. Era un lugar sorprendente a su manera, donde las cosas son cuanto menos llamativas. Y fue así hasta la noche, cuando quiso poner un techo sobre su cabeza. Decidió entrar en un bar, donde encontró un lugar donde el humo de cigarro era visible en el ambiente y las personas en las mesas observaban el espectáculo de mujeres bailar las danzas tradicionales de la India. Vio muchas personas extranjeras ahí. Aparentemente era un buen lugar, con la única deficiencia de no contar con tequila, por extraño que eso fuese. En su lugar optó por probar cosas nuevas, y estaba bastante complacido. Estaba sentado sobre la barra, girando el dedo índice sobre la parte superior del vaso en el que bebía, observando de vez en cuando a las mujeres que bailaban. Una mujer, alta y de buen aspecto, se sentó junto a él y le habló en el idioma de los ibéricos.

—¿Por qué no vas y te acercas a alguna? Pareces bastante apuesto, no creo tengas problemas, dijo ella, antes de dar un trago. Alfonso giró su rostro de inmediato y la observó con una ceja levantada. Después volvió el rostro hacia el frente y dio un trago también.

—Porque parecen estar ocupadas, respondió --Tal vez luego.

—Supongo que puedes ir con alguna y esta bajaría del escenario en alguna oportunidad. No veo el problema.

—¿No tienes algún jefe al que hacerle compañía? —respondió él, con tono poco amigable. Hacía referencia a las mesas en los balcones donde un puño de mujeres sonreía a lado de un hombre de apariencia poderosa, pero también repulsiva. Ella sonrió, y él continuó dando vueltas con el dedo sobre la bebida.

—No, no. Siendo sincera, no tengo razón para estar aquí. Pero por lo que veo tú tampoco, dijo. En opinión de Alfonso, ella tenía las características necesarias para ser arrogante si así lo deseaba. Las luces se apagaron y el volumen de la música subió. El escenario se volvió más intenso y ahora desprendía sus propias luces en movimiento.

—Creo que también podrías estar con quien quisieras. Pero no importa, ¿sabes? dijo, después de dar un trago. No importa por qué estamos aquí. Yo moriré, pero tú lo harás también. Todos lo haremos, entonces no importa a dónde vayas, dijo. A mitad de decirlo se dio cuenta de lo incoherente y estúpido que aquello debía sonar, y se arrepintió de haber comenzado. Pero ya había iniciado, así que terminó de hacerlo de la forma más entendible posible.

—Vaya, pero que interesante se ha vuelto esto dijo ella con cierto sarcástico, después de fruncir el entrecejo un segundo. ¿Sabes algo? Ya que lo mencionas, creo que tienes razón. Pero estoy segura que en lo que eso ocurre puede ser divertido. El mundo es un mar de opciones y cualquier cosa distinta, buena o mala, puede ser entretenida. —¿Entretenida?

—Aja. Un buen vino local puede ser entretenido. Todo puede ocurrir a partir de cosas pequeñas. Puedes bajar a las alcantarillas y encontrar ahí un gran misterio o prender fuego a un negocio, para después entrar a hacerte el héroe y encontrar ahí a la mujer más hermosa del mundo.

—Tienes mucha imaginación. Pero creo que todo eso es exagerado y demasiado improbable. Tal vez la mujer más asquerosa del mundo esté dentro de ese negocio, ¿y qué tendría que hacer?

—Tal vez conozcas al paramédico más sexy del mundo, dijo ella, y sonrieron.

—Me agrada la idea de divertirme —dijo él finalmente.

**“Antología Literaria de Obras Ganadoras de los Concursos Universitarios ITSON de Cuento y Poesía 2015-2018”** se terminó de editar en el Departamento de Extensión de la Cultura del Instituto Tecnológico de Sonora en abril del 2018 y fue puesto en línea en: [www.itson.mx/publicaciones](http://www.itson.mx/publicaciones) y [www.joomag.com](http://www.joomag.com) (<https://joom.ag/mKKY>).

